Una importante antología

La sien en el puño.
Antología poética

JOSÉ MANUEL ARANGO

Eolas Ediciones, España, 2017, 150 pp.

JOSÉ MANUEL Arango (El Carmen de Viboral, 1937 - Medellín, 2002) es autor de una obra poética escasa, si se quiere. Cinco libros publicados y uno póstumo. Pese a lo cual es, sin duda, una de las voces más atendidas de la poesía colombiana. Esa importancia, tal vez, se acrecentó después de su muerte en 2002. Además de que la muerte significa casi siempre dolor por la ausencia definitiva, cuando quien muere es un artista, el silencio que viene a continuación se convierte, también, en una especie de escrutinio crítico inexorable sobre su obra. (“El Tiempo, gran escultor”, dice Marguerite Yourcenar, en una frase que podríamos adoptar para el caso.) A lo mejor porque existe la seguridad de que ya no habrá más obras de ese autor. (Aunque habría que tomar en cuenta lo que se ha hecho común, digamos: después de muerto un escritor, empiezan a aflorar nuevos libros y nuevas publicaciones, en ocasiones puro negocio y nada más, porque en buena parte se trata de materiales que el autor había descartado.) Hay, aunque sea involuntario, un punto final.

A pesar de lo dicho, la obra poética de José Manuel Arango, que ha sido relativamente bien publicada en el país, no es muy conocida en el exterior. En España, por ejemplo, ha contado con una entusiasta lectura y con dos bellas ediciones a cargo del poeta y editor Francisco José Cruz (una antología en Editorial Palimpsesto en 2002 y una obra completa en Ediciones Sibila en 2009). Y también fue incluido en 2002 en *Las ínsulas extrañas. Antología de poesía en lengua española (1950-2000)*, de Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores de España, preparada por los poetas Eduardo Milán, Andrés Sánchez Robayna, José Ángel Valente y Blanca Varela. Pero poco más.

En 2017, también en España —y es el libro al que me quiero referir—, fue publicada otra antología de la poesía de Arango, esta vez por Eolas Edi-

ciones: *La sien en el puño* (el título es tomado del poema “Asilo”, que dice que los sordos “oyen / con la sien en el puño / sus pensamientos”), seleccionada y prologada por el académico y también poeta español José María Castrillón, quien escribe un excelente texto sobre la poesía del autor colombiano. En él, al final, dice que “al margen de alguna recepción crítica en la que pudimos participar, la obra de Arango no parece, sin embargo, haber recibido aún en nuestro país el eco que merece” (p. 16).

La obra poética de Arango es reconocible, digamos, por su parquedad y precisión, por sus bellas y nítidas imágenes, por los gestos y movimientos exactos que no requieren de grandes palabras para hacerse entender claramente. Por su palabra misma que, siendo cariñosa y cercana, casi nunca está exenta de crueldad y de un realismo atroz. Una poesía que muy poco se atiene al canon dictado por cierta tradición, según el cual solo la belleza nos produce solaz y bienestar. Castrillón lo dice así:

Sin alharacas ni efectismos dramáticos, el lector experimenta durante la lectura la alharaca y lo dramático. Pasará junto al cadáver dolorosamente rígido de un perro envenenado, se detendrá un segundo para apreciar la alacridad de los actores de la calle, avanzará entre todas las formas de miseria y de ruindad que nuestra conciencia ya ha blanqueado (...). (p.14)

Sobresale también porque en ella —auscultándola— son notoriamente importantes un gran conocimiento de la tradición poética y algunas influencias de la poesía norteamericana, de la cual se hizo un poco heredero. Conoció en su propia lengua a autores como Emily Dickinson, William Carlos Williams, Denise Levertov, Thomas Merton y Georg Trakl (este último no de lengua inglesa, pero perteneciente al expresionismo poético, que tanto lo entusiasmaba). Y tradujo parte de la poesía de ellos, además.

El poeta busca acomodo en otras voces y ellas van organizando, como en un tejido, una trama que resulta ser, si se quiere, una estética en la cual finalmente el poeta “milita”. En el caso de José Manuel Arango —y esto lo ve

claramente Castrillón en el prólogo—, esa estética (llamémosle expresionismo poético) le pertenece. No se monta sobre ella, sino que desde antes es suya. Los autores indagan y encuentran su voz. Nadie nace sabido, se dice popularmente. Y es verdad, claro.

La presente antología contiene poemas de los libros *Este lugar de la noche* (1973), *Signos* (1978), *Cantiga* (1987) y *Montañas* (1995). Además de una muestra de “Otros poemas”, una sección que el poeta nunca publicó como libro y que aparece en distintas ediciones antológicas y en obras completas con las fechas 1984-1997. Dice el antólogo que “pareciera como si Arango valorase en mucho las composiciones, pero no hallara el lugar preciso, el poemario adecuado en el que alojar tales textos. Entre ellos se encuentran algunos de los poemas más hermosos del autor” (pp. 13-14).

No incluye poemas del libro póstumo *La tierra de nadie del sueño* (DesHora, 2002). Tal vez por lo mismo que decíamos arriba sobre las obras póstumas. Dice el prologuista:

Desconocemos el grado de conformidad de José Manuel Arango con estos poemas. Sabemos, sí, que a lo largo de su labor poética la autoexigencia radical le había llevado antes a apartar de sus recopilaciones un buen número de textos ya publicados en revistas y que su principal estrategia de revisión coincide extrañamente con la escritura en apariencia ya “cerrada” de estos poemas póstumos: “corrijo poco; desecho mucho”. (pp. 24-25)

La sien en el puño es, pues, una excelente antología y todos esperamos que contribuya a que la voz de José Manuel Arango se oiga con mayor resonancia en el ámbito poético español. Que empiece a recibir “el eco que merece” entre los lectores de ese país.

Luis Germán Sierra J.